«LLAMO A LOS POETAS»: UNA DECLARACIÓN POÉTICA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
JOSÉ VALLECILLO LÓPEZ

El poema «Llamo a los poetas» pertenece al libro *El hombre acecha*, del que algunos poemas comenzaron a escribirse en 1937. Si bien dicho libro, como ya ha señalado la crítica, tiene como tesis la pesimista frase de Plauto, adoptada siglos más tarde por Tomás Hobbes: «Homo homini lupus», según puede apreciarse en el mismo título y en el verso final de la canción primera («y el hombre acecha al hombre»), el poema cuyo comentario va a ocupar nuestra comunicación difiere en su temática del resto de la obra.

En «Llamo a los poetas» no hallamos «garras», «fieras», «dientes», «malezas», ni asistimos a la expresión de la animalización del hombre provocada por la guerra que está presente en bastantes poemas de *El hombre acecha*. Sí coincide en parte este poema con algunos otros del libro, sobre todo con los finales, en los que el poeta confía en que la superación de la animalización de los hombres esté en la solidaridad entre éstos. De ahí que el poema pueda considerarse social.

«Llamo a los poetas» es ante todo una declaración de la actitud de Miguel Hernández ante la poesía. En este poema el escritor hace una llamada a sus amigos poetas para que con él se acerquen al pueblo, alejándose de torres de marfil y pedestales.

Los primeros poetas citados, sin que pudiera ser de otro modo, son Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, los dos poetas que más influyeron en Miguel Hernández. Por citar únicamente algunos ejemplos de la amistad que unió a ambos recordemos la ayuda prestada a Neruda en *Caballo verde para la poesía*, la visita en 1938 junto al poeta chileno a la casa que éste tenía en Madrid y que tanto impresionara a Miguel, la primera carta a Aleixandre (inicio de la amistad) en la que le pide un ejemplar de su libro *La destrucción o el amor*, la participación en el homenaje al mismo poeta en un merendero de Cuatro Caminos poco antes del inicio de la guerra o la ayuda económica prestada por Neruda y Aleixandre, además de otros, a Miguel, su mujer y su hijo durante la prisión del poeta. Si al escritor sevillano dedica Miguel Hernández *Viento del pueblo*, al chileno dedicará *El hombre acecha*.

Con ambos, dice el poeta en el verso segundo tomar silla en la tierra, aludiendo a *Poesía de la tierra*, de Aleixandre, y *Residencia en la tierra*, de Neruda.

Aparece así la tierra, un elemento importantísimo en toda la obra de Miguel Hernández y que lo encontraremos en «Llamo a los poetas» citado en cuatro ocasiones[1]. La tierra en su poesía es una llamada de muerte y vida: de muerte porque supone la vuelta a los orígenes y de vida porque es la madre que da fuerza y en la que el hombre puede «echar raíces». Así no es extraño que la tierra tenga un corazón, que Miguel, tendido, arrastrándose en el frente, pudo sentir cercano al suyo, casi rozándolo, como se dice en la estrofa primera. Además lo pudo sentir cerca por la proximidad a la muerte.

No obstante, la verdadera obsesión telúrica que impregna este poema y que puede hacer sentirse al poeta «arraigado» y «hondo», creemos que tiene más que ver con el deseo de entrar en contacto con la naturaleza, de la que el poeta pastor había estado tan cerca siempre. El entrar en contacto con esta naturaleza, el sentirse «semejante del trigo», como se dice en el verso segundo de la décima estrofa[2], implica ser natural y sencillo, abandonar todos los formalismos sociales. Sólo así se podrá un poeta integrar en el pueblo.

Para estar cerca del pueblo, que es, digámoslo ya, la verdadera invitación que en este poema hace Miguel a sus amigos poetas, de acuerdo con su concepción de la poesía como esencia del pueblo, hay que descender del pedestal, de la pobre estatua, como se dice en la estrofa octava, hay que abandonar el museo, la biblioteca y el aula sin emoción, sin tierra, glacial[3], como se dice en la estrofa quinta. Hay también que quitarse «el pavo real», imagen de la vanidad y el engreimiento, «la palabra con toga», que alude a los que consideran ciertos e incontestables sus propios puntos de vista, y «la pantera de acechos», que Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia han interpretado muy bien como los rencores mutuos que pueden animalizar al hombre[4], y que conectan con el alacrán y la telaraña citados en la estrofa cuarta.

Hay, se dice en la estrofa sexta, que abandonar la solemnidad, para poder «hablar de las cosas del mundo frente al hombre», como un hombre más[5], sin «barbas postizas», ni «citas que la insolencia pone bajo nuestras narices». Es decir, sin hipocresías ni artificiosidades.

Toda esta crítica de los formalismos sociales la encontramos también, señalémoslo brevemente, en otro poema de *El hombre acecha*: «Los poetas viejos», donde de los pedantes e hipócritas, se dice que «nacen puestos de gafas[6], y una piel de levita, / y una perilla obscena de culo de bellota / y calvos, y caducos», tienen «polvo entre los dedos», llevan «togas», «bonetes»[7], «barba de goma», no arrugan nunca el traje, hablan desde los púlpitos de muchas tonterías y se ponen huecos igual que las gallinas para eructar sandeces, o lo que es peor: no paran en la tierra.

El poeta, pues, por importante que sea, ha de olvidar sus sutilezas, sus subjetividades, sólo así podrá ser «viento del pueblo» y servir de portavoz de sus palabras, pues como ya había dicho Miguel en su dedicatoria a Vicente Aleixandre en *Viento del pueblo*, texto éste que es un verdadero exponente de la poética de Miguel Hernández: «El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo [...] Nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos a las cumbres más hermosas».

En esta empresa el poeta a veces puede sentirse sólo, y en más de una ocasión el de Orihuela debió de sentirse así («Ya vosotros sabéis / lo sólo que yo soy, por qué yo soy tan sólo. / Andando voy, tan solos yo y mi sombra»[8]). Pero esta soledad es necesaria para reflexionar sobre la visión de la realidad, de ahí que, como ya señaló Serge Salaún en cierta ocasión respecto al YO de Miguel Hernández, «las más veces es un YO *particular*, elegido, el que emite un mensaje sobre su propia experiencia del mundo»[9].

No obstante, Miguel Hernández no estuvo solo en su tarea. Y él lo sabía. De ahí que la amistad y la coincidencia en la concepción de la poesía con los dos grandes poetas antes citados, Pablo Neruda y Vicente Aleixandre, mitigara su soledad, como el mismo poeta reconoce en la estrofa segunda: «Con ellos me he sentido más arraigado y hondo, / y además menos sólo».

Sin embargo, los poetas invocados por Miguel Hernández para hablar sobre aquello a lo que aspiran no son únicamente el chileno y el sevillano, como puede observarse

en las estrofas tercera y decimotercera. Así aparecen citados (todos ellos en un mismo verso) los poetas de la Generación del 27 Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Emilio Prados y Pedro Garfias, los de la generación inmediata anterior Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y León Felipe[10], aparte de Antonio Aparicio, Antonio Oliver y Arturo Serrano Plaja[11].

Como ya han señalado Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia en su edición de *El hombre acecha* (Madrid, Cátedra, 1990), al volver a citar a estos poetas en la estrofa decimotercera Miguel Hernández comete un error en la enumeración, ya que el nombre de Antonio que aparece en esta estrofa puede referirse tanto a Aparicio como a Oliver, ambos citados en la estrofa tercera. Además sobra un nombre respecto a la tercera estrofa en esta decimotercera: el nombre de Juan. Los críticos antes citados aclaran que este último nombre pudiera referirse a Juan Larrea, Juan Rejano, Juan Gil-Albert, o lo que es menos posible, dada la distancia respecto a los nombres de primera fila citados, al poeta local Juan Sansano.

Personalmente, al igual que Rafael Pérez Contel, nos inclinamos por la hipótesis de Juan Gil-Albert, dada la gran admiración que Miguel Hernández sentía por éste.

A Federico García Lorca se le cita en la estrofa novena, aludiendo Hernández a su muerte, considerando que el poeta granadino asesinado debe servirles de estímulo en su lucha. Para ello invita simbólicamente a los poetas a sentarse «al pie de su herida / debajo del chorro asesinado» y les recuerda en la estrofa siguiente la labor revolucionaria de los poetas, encargados de despertar la conciencia de los hombres: «Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre. / [...] No reposamos nunca».

No obstante, nos parece que llevan razón Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia cuando señalan en su edición de *El hombre acecha* antes citada que parece como si Hernández quisiera evocar la figura de Lorca como elemento conciliador, sobre todo si tenemos en cuenta el final del poema, en que el poeta espera ver, tras nadar en una alberca, si el agua con su efecto purificador deja ver la verdad y «aclara el labio de los que han mentido». Estos, creemos, son los que no han sido capaces de defender sus ideas y los neutrales, de los que Celaya maldijera su «poesía concebida como un lujo / cultural». Son también los poetas «puros» a los que increpa Crémer en unas palabras citadas por Manuel Durán: «Lanzar gorgoritos rítmicamente, mientras el hombre a secas trabaja, sufre y muere, es un delito»[12].

«Llamo a los poetas» es, en definitiva, aparte de un buen poema, pleno de imágenes ingeniosas y singulares, si no una poética en sentido estricto, sí un documento en el que quedan fielmente reflejados los gustos poéticos y las amistades de Miguel Hernández en los días en que la pieza se escribió.

Que la voz del poeta oriolano y la de todos los citados por él en el poema, no tirite de frío en bibliotecas, museos, aulas sin emoción, sino que vibre en el calor de nuestras manos y lo que es más importante, en las manos del pueblo, de ese pueblo del que Miguel se sintió «viento».

NOTAS

[1] Versos segundo, decimosexto, decimoctavo y trigésimoprimero.

[2] Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia comentan de este verso lo siguiente: «Es una constante hernandiana exaltar lo fecundo y nutridor. Así, los poetas se comparan con el trigo. Pero no dice que sean *semejantes al trigo*,

sino *semejantes del trigo*, con lo que la expresión cobra el matiz de *prójimo*. Los poetas, prójimos de trigo, en cuanto individuos de una especie capaz de trascender fecundamente, y esta labor creadora se relaciona y compara, en los dos versos siguientes, con las fuerzas cósmicas (el sol) y con el fervor humano (el amor). La sangre como un trigal está también aludida al comienzo del poema *El herido*». (Miguel Hernández: *El hombre acecha. Cancionero y romancero de ausencias*, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 152).

[3] El adjetivo «glacial», como muy bien señalan Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia «estaría mejor empleado en plural, porque realmente califica a tres sustantivos, lo que hubiera ocasionado un adificultad métrica que el poeta no se detuvo a resolver». (Miguel Hernández: *El hombre acecha. Cancionero y romancero de ausencias*, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 50).

[4] Miguel Hernández: *El hombre acecha. Cancionero y romancero de ausencias*, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 50.

[5] Tal vez en esta concepción del poeta como un hombre más, aparte de su origen y de determinadas circunstancias históricas («El 18 de julio de 1936 [...] me metí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieron», *Teatro en la guerra*, 1937) pudo influir el espíritu de lo proclamado por la revista *Hora de España*: «¿Para qué sirve un poeta? Para lo mismo que cualquier otro hombre, y además, para hacer versos» (junio 1937, núm. 6).

[6] Si en este poema se citan las «gafas», en «Llamo a los poetas» Miguel Hernández invita a sus compañeros poetas a cantar «sin el brillo del lente polvoriento» (v. 32).

[7] La crítica de cierto tipo de ropa, que aleja de la naturalidad, la encontramos también en Neruda.

[8] Obsérvese cómo el deseo de expresar su soledad es tan grande en el poeta que llega a emplear la primera persona del singular («voy»), en lugar de la del plural («vamos»), que es la que hubiera correspondido al sujeto «yo y mi sombra». No lo consideramos, pues, un descuido del poeta, sino un intento de expresión de un gran sentimiento de soledad, ya que ni siquiera su sombra, que le acompaña siempre, va con él.

[9] Serge Salaün: «Miguel Hernández: individualidad y colectividad», en A.A.V.V.: *En torno a Miguel Hernández*, Madrid, Castalia, 1978, pág. 205.

[10] Como es sabido estos tres poetas (Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y León Felipe) eran los mayores de los que estuvieron a favor de la República durante la Guerra Civil.

[11] Sobre estos tres poetas pueden consultarse las notas de la edición de *El hombre acecha*, preparada por Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia (Madrid, Cátedra, 1990, pág. 151).

[12] La cita la hemos tomado de Manuel Durán: «Miguel Hernández: barro y luz», en A.A.V.V.: *En torno a Miguel Hernández*, Madrid, Castalia, 1978, pág. 40.